

De aquí, por el contrario, se saca la prueba más convincente de su maldad; porque cuantos gobiernos los han profesado, sin excepcion, han caido víctimas de los mismos. La Revolucion, lectores, es un caballo indómito y desenfrenado: muchos han creido poderlo montar, y, acariciándole y tocándole gentilmente, someterlo al servicio del hombre; mas hasta hoy ha sacudido de la silla á todos los que han intentado la empresa. ¿Surgirá nunca quien la realice felizmente? Lo dirá el tiempo.

III. Finalmente, para sostener los principios del ochenta y nueve recurrese á otro dicho, igualmente merecedor de consideracion. *Los tiempos han cambiado*, se dice, *y exigen principios más en armonía con la sociedad moderna*. Aun aquí, lectores, se oculta un equívoco peligroso. Es verdad que los tiempos han cambiado en parte; mas falso es que hayan cambiado del todo. Las ciencias naturales, cultivadas con gran ardor, han enriquecido el mundo con maravillosas invenciones. Sólo el telégrafo y el vapor han aproximado los pueblos más distantes, y han hecho comun á todos los países lo que ántes era propio de uno solo. De aquí que recibiese nueva vida el comercio. Con éste tomaron naturalmente igual incremento los Bancos, los créditos, las Bolsas y las especulaciones. Por esto se debió cambiar en parte las administraciones, las providencias y las órdenes por que se regia la sociedad. Hasta los usos y las costumbres de la vida se hallaron diversos de lo que ántes eran. Lo concedemos todo, y, si quereis, añadimos que el cambio fué una mejora, y que no se debe llorar sobre el pasado, por consecuencia.

Mas de gracia: ¿han cambiado tambien por esto las leyes de la justicia, de la honestidad y de la religion? ¿Han cambiado los principios inmutables de lo verdadero y de lo justo? ¿Ha hecho Jesucristo alguna innovacion en su fé y en su ley? ¿Se han adquirido derechos sobre El para poderle poner aparte? Hé aquí á lo que limitamos nuestras preguntas. Haced cuantos descubrimientos querais y fundad instituciones de nueva especie: nadie se opone. Re-

corred todos los marés, volad á todas las riberas, haced alianza con todos los pueblos, explorad toda la naturaleza; y hasta tal punto nadie tendrá nada que decirnos, que todos, por el contrario, habrán de alabaros; mas regulad todas estas grandes obras siempre con la misma justicia y honestidad, acompañándolas siempre con la práctica de la misma religion. Así como no era lícito antiguamente despojar á otros de un hilo ni de un cabello, que no lo sea hoy tampoco. Así como era preciso entonces perder todo el mundo más bien que faltar á la moral, que suceda lo propio en nuestros dias. Así como era preciso entonces reverenciar la Iglesia, los Sacramentos y la Misa, reconocer el Papa, el sacerdocio y las Ordenes regulares, someterse á la confesion, á los ayunos, y así sucesivamente á todas las prácticas del Cristianismo, que lo sea tambien ahora, á pesar de los adelantamientos de la vida material. Antiguamente habia obligacion de respetar á las autoridades legítimas, y conviene respetarlas tambien en el siglo xix. En todas estas cosas el cambio es imposible. Las leyes eternas de la justicia no se mudan; el reino de Jesucristo no puede tener fin; lo que ha revelado, dispuesto ó establecido una vez, queda siempre; no fué ni será nunca retractado. El tiempo, los siglos no le quitan autoridad: las potestades humanas no pueden innovar lo divino: el uso contrario no lo abroga, y las nuevas ciencias no le quitan crédito: así fué, y así debe ser hasta la consumacion de los siglos.

Ahora bien. Por nuestra gran desventura, precisamente hace la Revolucion sus reformas en lo inmutable. No bien triunfa en un pueblo, inventa y proclama derechos nuevos, que van contra todo derecho. La misma propiedad y la propia autoridad, base de todos los demás, son furiosamente atacadas. Se comienza despojando á la Iglesia y al clero en nombre de la nacion; se predica que la autoridad es del pueblo, que nunca deja de tener razon, y que le compete hasta el santo derecho de la resistencia ó de la insurreccion. El más sagrado de todos los derechos naturales es el que los padres

tienen de criar, instruir y formar por sí á sus propios hijos. Dios los invistió, por mano de la naturaleza, para que en el amor inextinguible de los primeros á los segundos estribase la mayor garantía posible de una virtuosa educacion; mas la Revolucion los arranca de sus brazos y los quiere formar á su capricho. Sobre todo, procura desnaturalizar la religion. Hace augusto ésta el sacerdote como ministro de la fé: la Revolucion le quita toda su aureola y esplendor, indispensable para su ministerio. En un país completamente católico publica de súbito la libertad de cultos, y así queda insidiada la fé de los sencillos, apartándose á la juventud de toda la influencia de los maestros (por institucion de Cristo) de las naciones, y confiándola frecuentemente á maestros irreligiosos ó corrompidos, ó que son lo uno y lo otro. El matrimonio, fuente augusta de la familia, queda profanado por el matrimonio civil. A juventud más culta de las Universidades enseñase á defender los principios subversivos de la sociedad y de la religion; el teatro se transforma en escuela de toda fealdad; los periódicos hacen lo que pueden para que se desprecie todo lo que reverencian los hombres; la prensa diariamente arroja en el seno de la sociedad las producciones más monstruosas; y para que no queden intactas ni las clases más ínfimas de la sociedad, se inventan y ejecutan representaciones escénicas, lecturas populares, escuelas de tiro, fiestas y fuegos: así se las aparta en los dias libres de las ocupaciones necesarias, y en los festivos del ejercicio de la religion. Y despues, si para oponer un dique á tanto mal, el Sumo Pontífice protesta, ó alzan la voz los Obispos, que son los custodios de la grey de Cristo, ó se resiente de algun modo el clero, vienen los gritos y los fueros, y el destruir el lazo de la unidad con la Cátedra de Pedro, y el poner una mordaza al Episcopado, y el oprimir al que osa protestar, con procesos, amenazas y violencias. Si no es esto lo que hizo la Revolucion, primero en Francia, y despues en España, en Portugal, en el Piamonte, en el resto de Italia y donde quiera que ha colocado el pié, y si yo la ca-

lumnio, crucificadme también; mas si es así, y no puede negarse, permitid que aceptemos todas las mejoras introducidas por la ciencia en el mundo, sin creer por esto necesarias las reformas que nos propone el ochenta y nueve.

De lo cual podeis inferir de paso el sentido que tiene la tacha de retrógrados, de *apaga-luces* ó de oscurantistas, á las personas más sábias y religiosas que se oponen á los principios con los cuales quiere informarse á la sociedad en nuestros dias. Es una mezquina estratagema para que se les ódie, como si se opusieran á lo inocente y no impugnáran sino lo digno de toda execracion. No desconocen los beneficios terrenos que las ciencias pueden reportar, y acaso los conocen mejor que sus detractores; mas como ven introducirse al lado de aquellas invenciones principios inmorales, deshonestos, irreligiosos en un órden mucho más importante que el terreno, se quejan con motivo de no hallar para la pérdida de la moralidad y de la religion una compensacion bastante en el tégelgrafo eléctrico y en el vapor.

IV. Sólo que aquí es donde, sin fingir más, los hijos de Voltaire y los secuaces del ochenta y nueve arrojan la máscara, y repiten su célebre frase: *Ha pasado el tiempo del Cristianismo: no se hable, pues, más de él.* Lectores, ya no se trata de combatir un sofisma, sino de aborrecer una impiedad: ¿qué significa decir que ha pasado el tiempo del Cristianismo? Vedlo en pocas palabras.

Significa que el Cristianismo es una invencion descubierta por impostores, ó un sistema inventado por falsos teólogos, ó una combinacion hecha por políticos, mas siempre un descubrimiento humano. Porque los juicios falaces de las escuelas, las simulaciones y las obras facticias de los hombres, pueden llegar á ser inútiles y viejas, mas no las de Dios. La verdad no se cambia porque cambien los tiempos ó porque se sucedan recíprocamente.

Significa que todas las pruebas del Cristianismo son sofismas, falacias, hipócrestas y simulaciones, que no se han demostrado, porque llegó la hora en

que resultaron falsas. Las proposiciones de Euclides, que se demostraron como verdaderas más de veinte siglos hace, no se han hallado falsas ni aún en el presente: con las pruebas del Cristianismo sucede todo lo contrario.

Significa que el propio Jesucristo, que se ha hecho creer Dios y adorar como tal por los hombres, que ha revelado muchas cosas y querido que se creyesen, que las ha confirmado con una vida celestial y con milagros, no ha sido más que... me falta valor para concluir la frase. Y con todo, ha de ser así, si ha pasado su tiempo.

Significa que el universo, que ha creído verdad inconcusa é inmutable el Cristianismo, se ha engañado. Que fueron víctimas de tal error los más grandes ingenios de la tierra; que se han dejado coger en este fraude, hasta dar su vida, más de once millones de mártires; y que sólo por un engaño los hombres más dignos se han inmolado á sí propios con toda especie de sacrificios.

Significa que todas las virtudes promovidas por el Cristianismo, como la pureza, la virginidad, la caridad con los hombres, el amor á Dios, la penitencia y el apostolado, no han tenido más fundamento que una ficción. Que por una ficción cayó la idolatría, vino á ménos la esclavitud, se restauró la dignidad de la mujer, y se civilizaron las naciones, llenándose el universo de templos, hospitales, monasterios y de todo linaje de monumentos.

Significa que se puede prescindir del Cristianismo. Que sin él conseguirán los hombres su fin último. Que la familia se mantendrá inmaculada aunque no la consagre Jesucristo. Que la sociedad podrá ir adelante y prosperar despues de desterrado; que el mundo verá el desinterés, la moralidad, el orden que tanto necesita, y las virtudes que deben adornar al hombre, á la familia y al Estado, sin tener que inclinarse ante el Evangelio.

Significa tambien muchas cosas más, que serian inútiles para los que no reputen bastantes las referidas. Mas para confirmacion de todo lo manifestado en este capítulo, añadiré, concluyendo, dos pa-

labras, que arrancan de lo íntimo de mi corazón, y que quisiera se esculpiesen en la mente de mis lectores.

¿Sabeis cuál es la época del Cristianismo, y cuándo pasará? La época del Cristianismo se inició al iniciarse los tiempos, y sólo acabará cuando acabe la eternidad interminable. El Cristianismo nació aquel día en que fué prometido un Redentor al primer padre que había prevaricado. Desde aquel punto Jesucristo es la única esperanza del universo. Los Patriarcas lo suspiran, los Profetas lo anuncian, los pueblos que se abisman en la idolatría, al par que demuestran la necesidad de su venida, lo aguardan, y todos viven sólo por la esperanza en él. A través de los siglos elige Dios un pueblo que sea particularmente suyo, el cual sólo deberá vivir por la expectacion de Aquél. Los Reyes le prepararán la estirpe, los sacerdotes representarán la unción, los Profetas contarán su vida, lo figurarán, en fin, los ritos, las ceremonias, los sacrificios y todo el culto. Las vicisitudes mismas de este pueblo no serán más que la figura de lo que será Jesucristo real y verdaderamente. Llegará, finalmente, la hora en que se revista de carne mortal, y entónces, como lo adorarán los ángeles del cielo, estarán obligadas á servirlo y á reconocerlo todas las naciones de la tierra. El que se postrará reverentemente ante El, será salvo; el que rehusase conocerlo, quedará irremisiblemente perdido. Todas las gentes fueron para El creadas, son por El redimidas, y quedarán salvadas sólo por El. Ha venido á ser la piedra angular de todo el edificio; quien edifique sobre El, se salvará; el que tropiece contra El, quedará quebrantado y destruido. Todos los pueblos han de magnificarlo sirviéndole, honrándole, participando de sus misericordias, ó cayendo bajo sus golpes, y glorificando así su justicia. Jesucristo existió ayer, existe hoy, y existirá todos los siglos; Jesucristo es Hijo de Dios *ab æterno*, Dios como su Padre, objeto de todas sus complacencias; su Padre no amará eternamente á nadie sino en El y por El. La misma eternidad no será más que el triunfo continuado de

Jesucristo. El, vencidos ya todos sus perseguidores y rodeado de todos los que le reconocieron y amaron, gozará en sí mismo y en sus conquistas un eterno triunfo. ¡Considerad, pues, si ha pasado el tiempo del Cristianismo, cuando no debe y no puede pasar nunca! ¡Pensad si debe concluir por los esfuerzos de algunos gusanos asquerosísimos de la tierra, que, en su insensatez, creen poder despreciar á su Dios y á su Redentor!

Si por gran desventura estas verdades católicas no hallasen abierta entrada en ciertos corazones, hé aquí otra palabra que quisiera decirles. Por deseo de libertad desenfrenada, y por odio á la religion, proclamad todos los falsos principios del ochenta y nueve; mas sabed que hallareis en ellos mismos la pena proporcionada á la culpa. ¿No quereis el freno saludable de la religion ni para vosotros ni para los pueblos? Sufriréis todas las consecuencias temporales y eternas. Bastaban en otro tiempo, para la completa seguridad de las ciudades, cuatro inválidos: ahora tendreis el consuelo de mantener ejércitos numerosos, visibles de soldados, é invisibles de espías y agentes de policia. Teníais ántes media docena de empleados públicos. Ocho ó diez magistrados bastaban para la administracion de justicia: costearéis ahora falanges de magistrados, y no bastarán. Con algun alguacil se vivia en otro tiempo seguramente: tendreis ahora el gusto de pagar establecimientos penitenciarios de toda clase, guardándoos, con todo, de salir de casa, ó de emprender un viaje por la noche. Pagábais entónces algo por capitación, ó algun leve impuesto predial por cuantas tierras teníais: pagareis ahora por la casa, por el criado, por el caballo, por el oficio, por la herencia, por las deudas, por el aire. Vivíais ántes con una paz, alegría y seguridad estoy por decir escandalosa: ahora tendreis el consuelo de vivir siempre temblando entre las conspiraciones y las revueltas. Cesará el fastidio de ir al templo en las fiestas; pero tendreis, por el contrario, la diversion de montar la guardia: no os ensordecera el estrépito de las campanas; pero ten-

dreis el redoble de la *general*; y si tal vez os hallais sin un trozo de pan que llevar á la boca, os saciareis con el pensamiento de que no os falta la libertad. Tales son las consecuencias inmediatas de aquellos principios.

Mas allí donde sean planteados profundamente, producirán frutos más sabrosos aún. Los que primero decian: *¡abajo los curas!*, continuando el raciocinio, pasarán á decir: *¡abajo los nobles!*, y un momento despues: *¡abajo los ricos!* Nada tendrá que oponer la lógica, porque la consecuencia se deduce naturalmente. En el cuarenta y nueve, al rugido espantoso de aquellas hordas salvajes que amenazaban precipitarse sobre ellos, dejaron de dormir hasta los Thiers, los Guizot, los Dupin y los demás hombres magnos que lo saben todo ménos estar sometidos á la Iglesia, é ingeniáronse para reparar el mal por medio de trataditos, folletos y periódicos. Perfectamente; pero paños calientes para una pulmonía. Son más fuertes para convencer vuestras acciones (pueden contestarles los sectarios) que para disuadir vuestras palabras. Aquel dia en que os abrogásteis el derecho de poner la mano sobre un cáliz, y de lanzar de su celda á una pobre religiosa, proclamásteis el de que otros extendiesen la mano á vuestro reloj, ú os arrancasen de vuestro palacio. Os quejais de que la seguridad pública está de continuo amenazada por aquella ribaldería que en las tabernas y en los burdeles se dispone para los estragos y las matanzas. Verdaderísimo: mas ¿por qué habeis proclamado la soberanía del pueblo, y que no le corresponde recibir, sino hacer la ley? Al proclamar aquel principio, investísteis á dichas hordas del derecho de degollaros cuando les placiese. Os quejais de que desaparecen los principios de justicia y de moralidad, hasta el punto de que no sabeis cómo defender vuestra esposa y vuestras hijas. Tambien es verdad esto: mas ¿por qué habeis proclamado el culto del Sér supremo, y habeis suprimido las verdades de la fé, únicas que conducen eficazmente á las virtudes? ¿Por qué habeis quitado de en medio á Jesucristo y su

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

gracia divina, por la cual únicamente se podían curar las tendencias viciosas del hombre? Habeis proclamado la secularización de la enseñanza, y os quejais de que sea disoluta la juventud; habeis proclamado el matrimonio civil, y os quejais de que sea llevado en triunfo el concubinato; habeis querido libertad absoluta para la prensa, y os quejais de que os sea imposible gobernar. Os habeis calentado alrededor del fuego cuando aplicábase á las casas de los religiosos; habeis enmudecido, habeis tolerado, habeis batido palmas cuando eran perseguidos y desterrados, y ahora os conturbais porque el fuego no respeta los obstáculos y arrójase á vuestras propiedades. ¡Imprevisores! Recoged lo que habeis esparcido. Habeis sembrado vientos y tormentas: encontrais turbonadas y tempestades. Ahora quisiérais contener los efectos, si no por conciencia, por interés; quizás no estais á tiempo ya; quizás la llaga no admite remedio; quizás será lavada con sangre; quizás la Europa marcha al encuentro de calamidades de que las historias no recuerdan nada parecido.

Que si aún hay remedio, no será ciertamente hacer cada día nuevas concesiones á los principios mencionados, sino reconocerlos tales como son, rechazarlos francamente y combatirlos con todas las fuerzas.

CAPITULO XVII.

Libertad.

1. El hombre nace libre.—II. Libertad de pensamiento.—III.—De palabra.—IV. De cultos.—V. Los católicos invocan la libertad para sí, pero la niegan á los demás.

Para que los hombres deliren, basta que alguna de las pasiones se encienda algo violentamente en su corazón; mas tiene un poder completamente extraordinario el amor mal entendido á la libertad, porque es el requisito que se requiere para el desfogue de cualquier otra pasión. Y si atizan aquel fuego las declamaciones de hombres turbulentos, es imposible decir hasta qué punto se propaga y consume á los hombres. Hé aquí por qué nadie se maravillará de que se cometan tantas locuras bajo el pretexto de la libertad, ni que sean tantos los axiomas que se inventan para defenderlas. El hombre nace libre, y nadie debe ponerle trabas: el pensamiento es libre, y libre ha de ser su expresión: es libre, sobre todo, la conciencia, y es un sacrilegio violar su augusto sagrario. ¿Qué más? Jesucristo mismo, en su ley de amor y de gracia, ha publicado la libertad hasta tal punto, que marchan de acuerdo la naturaleza y la gracia, la razón y la religión, para romper las cadenas que quisieran ponernos príncipes y sacerdotes conjurados á una. El que tiene algun conocimiento del mundo, sabe cuán comunes son semejantes axiomas, y qué brecha abren sobre todo en la mente de los jóvenes. Hé aquí por qué será útilísimo someterlos á examen.

I. *El hombre nace libre.*—Se habla de la libertad civil y política, de que tratamos ahora. Hé aquí el primer axioma, pero también la falsedad